

# NI TAN FIERO NI TAN «YE-YE»

Antonio Pereira

En ocasiones hemos escrito de León «que no es tan fiero como lo pintan», para aliviarlo de alguno de tantos refajos sentenciosos con que se le quiere vestir por aquello de que en León hay que abrigarse. Queríamos aclarar que incluso en su pleno invierno suele lucir un sol generoso Y que no es raro el cielo azul y sin mancha. Es verdad que a la madrugada el termómetro está de broma y puede agacharse por debajo del cero; pero a esa hora, qué caramba, el buen pueblo sueña bajo un par de mantas del Val de San Lorenzo, y si uno es ferroviario, o sereno, o capellán de monjas, ya la costumbre se ha encargado de curtirle las aprensiones y el pellejo. También convenía decir -y lo hemos dicho- que si León es ciudad sobria, de talante serio (pero no cetrino) exageración habría en atribuirle un ascetismo riguroso, excluyente de esos pecadillos y evasiones que todos sabemos cómo sal de la vida y alivio del bregar diario.

Ahora acontece que León, con su primer certamen de conjuntos músico-vocales, ha saltado a la actualidad nada menos que internacional (el premio fue para «Los indonesios»), y algunas hipérboles informativas señalan a la ciudad que tuvo reyes - antes que Castilla leyes- como «capital mundial del ye-yé». No es que vayamos a escandalizarnos demasiado, cuando en la cabeza de un reino vigente se rompen lanzas parlamentarias por esta actividad que, modernísima, va ganando allí categoría de tradición nacional.

Los primeros días de este febrero -de precoz primavera... incluso en León-, la ciudad de Ordoño, y de Guzmán, y de don Suero de Quiñones, se vio asaltada por melenas más que modernas, medievales o renacentistas, que no van tan mal con el contexto histórico y monumental de antiguas calles y murallas. Donde hubo en otro tiempo tañer de vihuelas y redoble de atabales, se impusieron las guitarras eléctricas y el golpear frenético del jazz. Pero no vale presumir que todo sea nuevo en esta invasión de ritmos y maneras. Lo «ye-yé» no es más que el ahora para la juventud que estrena el mundo como un juguete apasionante. También lo tuvieron a su tiempo -y en León- aquellos mozos que cada noche armaban jaleo ante el tabladillo del Iris, el Lion d'Or o la Paloma. Y las niñas «topolino» cuando la posguerra, paseantes por la Condesa, del brazo -no, del brazo aún no- de los aviadores victoriosos. Y atrás, saltando muy atrás en los siglos por no alargar la relación de ejemplos, las damiselas que adecuaban el brial y la toca al último grito de su época para el torneo o el baile.

«Yeyeísmo» siempre, nada nuevo bajo el sol, canción eterna -susurrante entonces, ahora estrepitosa- de la juventud dorada donde sólo cambia lo más externo.

La verdad: sólo queríamos ayudar un poco a que el acontecimiento de estos días sea entendido desde fuera de sus contornos. No; León no es exactamente la capital del imperio «ye-yé», si este título viniera a significar, más allá de la expansión ruidosa y genuina de nuestros jóvenes, un ambiente que excluyera valores más altos. Tampoco un claustro de virtud y frío donde puedan sobrevivir -alguna vez se dijo- no más que los bueyes y algún que otro canónigo.